

abandonó su puesto y regresó entre los suyos para prestarles su concurso. Hizo al castillo de Bellatovo cerca de Filipópolis centro de sus operaciones, y la rebelión tomó un carácter verdaderamente peligroso cuando al año siguiente, 1086, se sublevaron también los búlgaros cerca de Silistria. Entonces grandes masas de pechenegos y cumanos pasaron el Danubio, y unidos con los búlgaros y paulicianos se extendieron por la Tracia septentrional, y derrotaron a los generales bizantinos Pacuviano y Branás. Con estas victorias se envalecieron tanto, que en 1087 pasaron 80,000 pechenegos y cumanos el Danubio, acaudillados por el khan Zelgu. Derrotólos Nicolás Mauro-Catácolon, pero no por esto escarmenaron los bárbaros, de modo que Alejo se decidió a marchar contra ellos. En efecto, pasó en 1088 los Balcanes para limpiar radicalmente la Bulgaria danubiana de aquellas hordas, pero también fué desgraciado, pues en una batalla general dada cerca de Silistria experimentó tan completa derrota, que no pudo sostenerse con su ejército en el país abierto y hubo de retirarse. Los pechenegos y cumanos naturalmente aprovecharon su retirada para volver a pasar los Balcanes, extendiéndose hasta cerca del Mar Egeo y establecerse durante el invierno cerca de Cipsala y Taurocomona, a siete u ocho horas de la embocadura del Mariza, llamado antiguamente Hebrós. Por espacio de dos años los infortunados habitantes sufrieron otra vez todos los horrores que sus padres habían pasado en tiempo del khan Crum y el czar Simeon. El emperador Alejo, a pesar de poner en juego todos sus recursos, estrategia y habilidad diplomática, no pudo arrojar a los bárbaros del Sudeste de Tracia que devastaron ferocemente, llegando hasta los muros de la capital y de Adrianópolis matando, robando y destruyendo todo lo que alcanzaron. Alejo les combatió en multitud de acciones menores a medida que pudo reforzar sus tropas, causándoles paso a paso muchísimas bajas; pero hasta 1091 no logró exterminarlos completamente y para siempre. Debió este resultado al auxilio de 40,000 cumanos que a fuerza de oro, de promesas y de astucia supo enganchar, y que con las milicias levantadas en Tracia y Macedonia, entre cuyos habitantes rurales empezaron a figurar ya entonces los válacos, se reunieron cerca de Ainos. Con estas fuerzas atacó a los pechenegos simultáneamente por dos lados distintos en la sangrienta batalla de Lebunion, no lejos de la desembocadura del Mariza, el 29 de abril de 1091, é hizo en ellos una carnicería espantosa. Los que no fueron acuchillados tuvieron que rendirse y fueron establecidos en Macedonia no lejos de Moglena para colonizar y cultivar aquel distrito y dar robustos reclutas al ejército en tiempo de guerra. Desde entonces cesaron por mucho tiempo de ser dañinos los pechenegos que quedaron en su país; y las invasiones de este y en general de otros pueblos bárbaros y errantes no se repitieron.

Los antiguos límites del imperio en Europa, a excepción de la Italia meridional, la Dalmacia y la Servia, perdidas para siempre, quedaron restablecidos; pero la situación interior y la individual del emperador continuaron siendo en extremo difíciles y precarias en todos conceptos. No se había concluido con la ambición de los pretendientes y de las facciones: los muchos cambios de gobierno ocurridos desde el tiempo de Romano III habían dado el poder supremo a muchas familias; cada una de ellas creía tener cierto derecho a la diadema imperial, y de aquí las muchas conspiraciones que se fraguaron contra Alejo. Los conspiradores no tenían en cuenta la crítica situación del país; al contrario, hubo pretendiente que eligió para su empresa cabalmente los períodos en que el país hacía esfuerzos desesperados para arrojar fuera de sus provincias a los pueblos invasores. En efecto, en el año 1094 un aventurero que pretendía ser Constantino

el hijo de Romano Diógenes, muerto en la Siria en el reinado de Miguel VII, penetró en el imperio pasando el Danubio con un ejército de cumanos, atacó a Adrianópolis y fué vencido en una batalla cerca de Taurocomo. Otros pretendientes (y entre estos no faltaron hasta parientes del mismo Alejo) aprovecharon para su empresa la situación desesperada é inaguantable de determinados pueblos que formaban parte del imperio.

Por otra parte el emperador Alejo recurrió a medidas funestas para hacer frente a los gastos enormes que causaban por un lado el sostenimiento de un ejército numeroso y bien pagado y por otro el de su diplomacia. Las provincias todas estaban exhaustas por las continuas guerras interiores y exteriores de los anteriores reinados, la prolongadísima lucha con los normandos, las espantosas invasiones de pechenegos y cumanos y la larga guerra que causó su aniquilamiento. Arruinadas casi por completo, destruidos su bienestar, sus recursos, sus industrias y su comercio, todavía a pesar de su miseria y antes de dejarlas a la merced de nuevas é inevitables desgracias fué menester echar mano de recursos reprobables y funestos. La excesiva carga de los impuestos hizo odioso al gobierno del emperador en todo el país; pero mas especialmente en las provincias y poblaciones que sometidas por la fuerza, ningún motivo patriótico tenían para hacer sacrificios en sangre y dinero por el imperio al cual la fuerza les iba asimilando. La venta de monopolios, la acuñación de monedas de baja ley sin exceptuar las de oro, y el fatal sistema practicado en el curso del siglo III por los emperadores romanos, de hacer el gobierno sus pagos en moneda mala y exigir la contribución en cuanto era posible en moneda antigua de ley, fueron los recursos a que apeló Alejo y que le trajeron la maldición de sus súbditos.

Sin embargo, con el exterminio de los pechenegos y después con la sumisión de los cumanos había pasado lo peor; los conflictos con los serbios no eran cosa muy peligrosa, y Alejo pudo ya pensar en el modo de poner un dique a los turcos, y de restablecer el dominio de los bizantinos en las riquísimas provincias del Asia Menor, que durante tantos siglos habían sido el orgullo del imperio, pero donde el elemento nacional griego iba desapareciendo rápidamente desde 1081. Suleiman que gozó del título de sultán en lugar de emir, por su parentesco con su soberano feudal, el verdadero sultán Malek-sháh, había elegido a Nicea por capital de su reino. Desde la pérdida de esta ciudad la capital del Asia Menor bizantina fué Nicomedia, recuperada de los turcos en los años 1086 y 1087. En el reinado de Suleiman se había aumentado el elemento turco en el Asia Menor de una manera tan asombrosa, que en el trascurso de una sola generación había llegado a constituir la mayoría de la población en las anti-quísimas provincias griegas de Capadocia, Frigia y Galacia, y se había afirmado tan bien que en adelante jamás pudo ser expulsado. A la desaparición del elemento griego habían contribuido poderosamente los vejámenes innumerables que los mahometanos de raza turca, mas fanáticos y bárbaros que los demás, hicieron sufrir a todos los adversarios de su profeta y de su culto. Por otra parte los turcos seldyúcidas no habían desaprovechado ninguna ocasión de ensanchar sus fronteras a costa del imperio a pesar del tratado de paz del año 1081, y para colmo de desgracia pudieron apoderarse en 1085 de la importante ciudad de Antioquía a consecuencia de la conducta traidora de la familia Filareto. Esto dió origen a un conflicto entre el sultán Suleiman, el emir de Alepo y Tutuch, hermano de Malek-sháh; y habiendo muerto Suleiman en 1086, Alejo aprovechó las circunstancias intrigando cerca de Abulcasim, lugarteniente de Suleiman en Nicea, que deseaba hacerse independiente, y además en la

corte del sultán Malek-sháh, para recuperar a Nicomedia y varias ciudades marítimas importantes del Asia Menor, en especial Sinope. Abulcasim murió en 1092, y subió al trono de Rum (corrupción de Rumanía) como los turcos llamaban a este reino, Kilish-Arslan, que reinó desde 1092 hasta 1106, hijo del viejo Suleiman, casado con una hija del emir Zacas, que resultó ser un adversario terrible del imperio. Este hombre había sido prisionero de los bizantinos; pero entrando luego al servicio del imperio, llegó a jefe de Estado mayor en tiempo de Botoniatas, y al subir al trono Alejo Comneno renunció a su puesto para hacerse corsario. Con 40 buques había conquistado las ciudades de Clazomene, Focea y Chio; hecho frente en 1090 con buen éxito a la misma escuadra imperial y conquistado a Lesbos, Samos, Rodas, y finalmente en 1092 las Esporadas y Esmirna, a la cual eligió por capital de sus dominios titulándose y usando las insignias de emperador de Bizancio (Rumanía). Juan Ducas, cuñado de Alejo, le venció en diferentes encuentros, pero estas victorias de nada sirvieron, porque Ducas tuvo que dirigirse con su escuadra a Creta y Chipre para sofocar rebeliones que habían estallado en estas islas con motivo de los impuestos excesivos. Zacas pudo por tanto atacar en 1093 a Abidos; pero esta fué su última hazaña, porque el emperador Alejo consiguió por medio de la astucia que el propio yerno de aquel hombre peligroso le asesinara alevosamente en un banquete celebrado en su capital Nicea.

Este peligro perenne de los turcos engendró en el emperador el vivísimo deseo de reconquistar toda el Asia Menor, como único medio de dar al imperio bizantino nueva savia y vida. El imperio bizantino arruinado como estaba, no ofreció recursos ya para tan grande empresa, y esto decidió a Alejo a buscar el auxilio del Occidente por medio del papa; porque no obstante la dimensión eclesiástica y el cisma provocado por Miguel Cerulario, y a pesar de que se habían aumentado mucho los odios entre Constantinopla y el Occidente, no se había perdido todavía la esperanza de una reconciliación. Resolvió pues Alejo entrar en relaciones con el papado para llegar con él a una combinación contra los turcos, adversarios del cristianismo mucho mas feroces y peligrosos que los árabes. Recordaba que una tentativa que se había hecho en este sentido por Miguel VII cerca de Gregorio VII elegido en 1073, había sido bien recibida por el papa, tanto mas cuanto el hábil emperador había puesto en perspectiva la reconciliación y unión de las dos iglesias, la romana y la griega. El papa, genio poderoso como sabemos, había organizado con este objeto en 1074 trabajos en escala vasta, pero que a nada condujeron por haberse interpuesto conflictos mas candentes en Italia y Alemania. Entre tanto habíase apoderado de los ánimos en muchos países de Europa la idea de rechazar con un esfuerzo supremo de las armas cristianas al islamismo invasor como lo habían rechazado en pequeña escala los normandos en la isla de Sicilia. Esta idea había ido creciendo y despertando un entusiasmo religioso cada vez mas levantado, sobre todo desde el año 1076 en que los turcos se hicieron dueños de Jerusalem y del santo sepulcro, oyéndose en todas partes voces que reclamaban la expulsión de aquellos enemigos de la fe cristiana. A estos clamores se añadían intereses sociales, políticos y mercantiles muy poderosos, y entre todos habían creado la atmósfera que produjo las grandes invasiones armadas de los pueblos del Occidente en los países de Oriente que la historia registra con el nombre de *crusadas*. Sin embargo cuando Alejo Comneno por medio de sus embajadores en el concilio de Piacenza, en la primavera del año 1095, solicitó del papa Urbano II, elegido en 12 de marzo de 1088, su intervención para obtener el auxilio poderoso de los países del Occidente contra los turcos, ni el emperador, ni el papa, ni nadie pre-

veían que este auxilio tomaría la magnitud y las proporciones de un alud de pueblos que se precipitaria sobre el Oriente. El papa, como natural de Francia, estaba personalmente animado de las tendencias guerreras y religiosas de la nobleza de su país, y sin hacerse de rogar aceptó la solicitud del emperador de Constantinopla. Pero cuando Alejo vió las inmensas oleadas de pueblos por él evocadas aproximarse a su imperio en dirección del Bósforo para embarcarse y trasladarse al Asia, comprendió que la posición del imperio y su relación con los demás países habían cambiado completamente de centro de gravedad, y que en adelante había que ajustar también la política bizantina a este gran cambio. Con asombro y con creciente desasosiego recibió las noticias del movimiento inmenso promovido desde el verano del año 1095 por la actitud del papa en los pueblos del Occidente, y que cada día se extendía y se comunicaba mas de un pueblo a otro, y de una clase a otra.

Las primeras masas irregulares y compuestas casi totalmente de gente baja que hasta el mes de octubre de 1096 llegaron a las orillas del Bósforo, y que sucumbieron en su mayor parte en los primeros encuentros con los turcos, no tuvieron tiempo ni importancia para hacerse peligrosas al imperio; pero otro aspecto mucho mas grave tomó la situación cuando en el otoño del mismo año se puso en marcha hacia Constantinopla la flor de la fuerza militar del Occidente, acaudillada por príncipes y caballeros normandos, franceses, flamencos y lorenenses, parte por la vía terrestre a lo largo del Danubio ó desde Dirraquio, y parte por mar desde el Mediodía de Italia. Entonces, cuando el papa Urbano anunció al emperador Alejo que había nada menos que 300,000 guerreros cruzados a punto de marchar contra los infieles, el emperador, no sin motivo, se espantó del inmenso peligro que corría el imperio bizantino al recibir tan gran número de huéspedes y auxiliares guerreros, cuyo entusiasmo estaba muy lejos de compartir. Alejo, aunque religioso ortodoxo y fanático, era ante todo hombre de Estado calculador y frío. Acordábase como tal de Roberto Guiscardo y de su hijo Bohemundo; y cuando este último que era el político mas disimulado y hábil del ejército cruzado, se presentó en Constantinopla, se aumentaron en la corte bizantina el antiguo recelo y la aversión a todos los extranjeros.

Por tanto la política del emperador tuvo desde entonces dos objetos: apartar los peligros que podían causar al imperio el tránsito por su territorio de tan enormes masas de guerreros occidentales y su eventual ó acaso definitiva permanencia en el país, y dirigir los sucesos de manera que las victorias de aquellos guerreros redundasen en el mayor provecho político y material posible del imperio bizantino. No es de extrañar esta política si se tiene en cuenta la posición de Alejo y el interés de su imperio; pero aumentó en los hombres de Occidente la antipatía que ya tenían al imperio y a los bizantinos y griegos, cuya índole especial era tan distinta de lo que aquellos conocían. Podrá censurarse al emperador un exceso de recelo y de astucia, y culpársele la falacia proverbial griega; pero el resultado era inevitable atendidas las diferencias é incompatibilidades sociales, nacionales y eclesiásticas existentes entre los bizantinos y las naciones occidentales; y teniendo también en debida cuenta la rudeza é ignorancia de los guerreros, que casi siempre por estos defectos suscitaron ellos mismos las desgracias y contratiempos que les persiguieron.

Influyeron también en los sucesos la extraordinaria tenacidad bizantina, la conciencia que tenía Alejo de su superioridad y la energía con que siguió su idea de restablecer la antigua grandeza y poder del imperio, idea que le hizo traspasar los límites de la prudencia y le impidió sacara todas

las ventajas políticas y materiales que las armas del Occidente pudieran haberle proporcionado. Su plan era reconquistar toda el Asia Menor hasta el río Amanos que separa la Cilicia de la Siria, y principalmente aniquilar el poder de los turcos en aquella gran península aun más radicalmente que Basilio II había aniquilado el de los búlgaros de Acrida. Pero además concibió el pensamiento peligrosísimo de someter á la corona imperial bizantina los señoríos y estados feudales que los occidentales fundasen en Asia; pensamiento que se arraigó más y más en su ánimo cuando Bohemundo, el hombre á quien más odiaba entre todos los francos, eligió para núcleo de un reino feudal normando la ciudad de Antioquía al extremo Sudeste del imperio, ciudad que los emperadores Basilio habían defendido y conservado con los mayores sacrificios hasta el último momento.

Este era el reverso tenebroso de la política que Alejo siguió desde el otoño del año 1096 con admirable sutileza y mucho éxito; aunque á veces jugara un juego muy arriesgado. Desde luego y empleando á veces la fuerza con los magnates occidentales que llegaron con su gente armada á Constantinopla durante el otoño de 1096 y el invierno y primavera del año siguiente, les obligó á prestarle juramento de vasallaje por los territorios que conquistaran en la Siria, á fin de que formasen parte del imperio, siquiera en esta forma feudal del Occidente.

La parte más interesante para Alejo de la guerra que empezó en mayo de 1097 en el Asia Menor contra los sectarios del islamismo fué la que tuvo por objeto destruir el reino seldyúcida de Rum ó sea de Nicea. El gran sultán Malek-sháh había muerto en 1092 en Bagdad, y su hijo mayor Barquiyaroc que le sucedió, no tuvo la fuerza ni la habilidad necesarias para impedir la inmediata descomposición del colosal imperio turco cuya herencia se disputaron los hijos del difunto sultán en feroz guerra fratricida. Las provincias orientales y occidentales se separaron del imperio para constituir reinos independientes con sus respectivos soberanos, entre los cuales figuraba también Kilish-Arslan de Rum, á cuyo lado, sobre todo en la costa, se hicieron también independientes varios emires. Estando así las cosas empezaron los cruzados á mediados de mayo de 1097 sus operaciones con el ataque de la importantísima ciudad de Nicea después de derrotar el 17 del mismo mes en una gran batalla á Kilish-Arslan. Cuando cansados de sitiar la plaza decidieron en un consejo celebrado en 19 y 20 de junio proceder al asalto, Alejo persuadió á los turcos que no aguardaran la catástrofe y le entregaron á él la plaza; y en efecto los turcos se la entregaron. La posesión de Nicea era indispensable al imperio, pero Alejo debía haberse entendido antes sobre este punto con los cruzados en lugar de dejarlos burlados tan rudamente. Procuró acallar por lo pronto su indignación con grandes regalos, pero ellos no le perdonaron nunca aquella maniobra artera.

En 1.º de junio se libró la gran batalla de Dorilea en la cual quedó vencido el grueso de las fuerzas turcas, y el imperio bizantino recobró la mitad occidental del Asia Menor.

El avance de los cruzados hasta ponerse en contacto con los cristianos armenios en Cilicia y Edesa, y su marcha sobre la Siria y Palestina, empezaron en 21 de octubre del mismo año con el ataque de Antioquía; y permitieron al emperador bizantino echarse á sus espaldas con su ejército sobre el reino de Rum, cuyo centro era Iconio desde la pérdida de Nicea, y reincorporarlo también al imperio. En efecto, en lo que restaba del año conquistó en la parte occidental un número considerable de ciudades, como Laodicea en Frigia, Filadelfia, Sardes, Esmirna, Efeso y otras; pero siguiendo activamente esta campaña con tan buen éxito, despertó el

descontento de los cruzados, los cuales se quejaron de que solo trabajaba para sí, extendiendo sus conquistas por el Asia Menor, sometiéndolo entre otras, en junio de 1098, la plaza de Filomelia en la Frigia, y dejando que los cruzados se arreglasen como pudiesen para tomar á Antioquía, sin hacer la menor diversión con sus fuerzas á favor de ellos.

A este conflicto de Alejo con los cruzados siguieron otros que estallaron en los años 1100 y 1101 con las imponentes huestes de lombardos, alemanes y franceses que se dirigieron á su vez al teatro de la guerra, y conquistaron al paso para el imperio bizantino la ciudad de Ancira en el verano del año 1101. Cuando llegaron estos formidables auxilios estaban ya en poder de los occidentales la costa de Siria y Jerusalem que fué tomada el 15 de julio de 1099; pero sirvieron para consolidar y ensanchar las conquistas.

Tantos y tan magníficos resultados obtenidos por los cruzados y el emperador Alejo, cada uno por su lado, habrían conducido á un final brillante y provechoso para todas las partes interesadas sin la impaciente codicia y ambición desordenada de Bohemundo que se declaró en el año 1098 soberano independiente de Antioquía, y sin el empeño terco del emperador Alejo de no consentir que los normandos tan temibles y odiados hiciesen de esta plaza importantísima la base de un reino franco. Pensaba, y acaso con razón, que este nuevo reino franco podría ser con el tiempo para el imperio un vecino más funesto que los turcos; de todos modos le irritó tanto la osadía de Bohemundo, que emprendió en la primavera del año 1099 una guerra contra él. Con esto tuvo que distraer fuerzas de las destinadas á la expulsión de los turcos del Asia Menor, con gran perjuicio de las operaciones de esta campaña, sin contar que la nueva guerra dió lugar á una serie de otras guerras funestísimas entre bizantinos, normandos y cruzados, que acabaron en una conflagración general.

Lo único que hicieron entonces los bizantinos contra los turcos en la Cilicia fué reconquistar á Germanicea, hoy Merach, y más adelante con el auxilio de una partida de cruzados favorable al imperio y con la cooperación de la escuadra, tomar la plaza de Laodicea en Siria. En cambio Bohemundo encontró otros aliados muy valiosos en Italia. Entre los italianos de muchas ciudades y repúblicas era muy grande la irritación por la decidida preferencia que el emperador Alejo había concedido á los comerciantes venecianos en el imperio bizantino 17 años antes, cuando la guerra con Roberto Guiscardo, y este rencor llegó á desahogarse con actos hostiles y brutales, desde que las naves de estas ciudades, que antes no recorrían más que la parte occidental del Mediterráneo, empezaron á frecuentar en pos de los cruzados las costas de Levante. Los primeros que se vengaron de esta manera fueron los pisanos, que en el año 1099 cruzaron con 120 buques por aquellas aguas, saquearon las islas de Leucadia y Cefalonia y se aliaron después con los normandos de la Siria; lo cual fué causa más adelante de que se estableciera una colonia-factoría pisana en Jafa en Palestina.

Un año después, Bohemundo, afanoso siempre de extender su nuevo reino, corrió con algunas fuerzas en el verano del año 1100 al auxilio de los armenios de Melitene y fué hecho prisionero por el emir turco Ibn-Danichmend de Sivas, antes Sebaste; pero en lugar de entregarle á Alejo, como este deseaba, le dió libertad en 1103 por un crecido rescate. Durante su cautiverio volvieron á penetrar los bizantinos en la Cilicia, donde se encontraron con Tancredo, sobrino de Bohemundo, que no solamente les opuso una formidable resistencia, sino que en el verano del mismo año 1103 sitió á Laodicea y la tomó después de 18 meses de cerco. Este golpe fatal exasperó á los bizantinos é igualmente al conde Raimundo de

Tolosa, antiguo adversario de los normandos, que trabajaba para conquistar para sí el reino de Trípoli; é inmediatamente hicieron nuevos armamentos para otra campaña más vigorosa contra los normandos de Antioquía.

A principios del año 1104 Bohemundo, ya libre, se encargó del sitio de la ciudad turca de Haran en Mesopotamia, comenzado por Tancredo el año anterior; mas no pudiendo hacer frente simultáneamente á los turcos, á los bizantinos y á las tropas provenzales del conde de Tolosa que de todos lados le atacaban, levantó el sitio, encargó la defensa del país á su sobrino Tancredo, y marchó á Italia en busca de nuevos y considerables refuerzos para sus operaciones en la Siria septentrional. Encontró estos recursos á medida de su deseo, porque el papa Pascual, elevado á la sede pontificia en 1099, le apoyó con mucho celo. Por influjo de su esposa Constanza, hija del rey Felipe I de Francia, obtuvo la cooperación y simpatías de los nobles franceses; y además acudieron soldados en masa á sus banderas, de suerte que en el otoño de 1107 tuvo en la Pulla á punto de embarcar un ejército de 34,000 hombres, entre los cuales había 5,000 jinetes, y una escuadra de 30 buques de guerra y 200 de transporte. Es probable que si hubiese llevado estas fuerzas, como tenía proyectado, á Antioquía, habría afirmado completamente el poder normando en la Siria; pero el mismo número considerable de estos refuerzos, su imponente aspecto, acaso también el deseo de venganza, y el espíritu aventurero le hicieron cambiar de propósito, é invadir el imperio bizantino por el lado de Europa; y en esta empresa se estrelló completamente, porque no era bastante astuto para coger al gobierno bizantino descuidado.

Los pisanos repitieron sus expediciones contra las islas jónicas en 1103; pero los armamentos de Bohemundo, sus negociaciones en Roma y en la corte francesa, la actitud provocativa de la república de Génova y sus simpatías por Bohemundo fueron demasiado visibles y sospechosos para no llamar la atención del gobierno bizantino y excitarlo á una exquisita vigilancia. Por tanto Alejo ya en el otoño de 1105 había apostado un ejército cerca de Salónica, y hecho armar y pertrechar abundantemente la plaza de Dirraquio por su sobrino llamado también Alejo, mientras daba orden al almirante Isaac Contostéfano de cruzar por las aguas jónicas y dalmatas.

A pesar de estas precauciones logró Bohemundo burlar la vigilancia de los cruceros bizantinos y desembarcar su ejército en Valona el 9 de octubre de 1107; pero el emperador Alejo había aprendido la manera de guerrear con los normandos; y mientras Bohemundo marchó contra Dirraquio donde encontró una resistencia invencible, pudo reunir Alejo un ejército imponente en la cuenca del Vardar y conducirlo á la costa adriática. Viendo Bohemundo que el sitio de Dirraquio no adelantaba, deshizo en la primavera de 1108 sus buques para construir con su madera máquinas formidables de sitio; pero al poco tiempo fueron destruidas por los defensores de la plaza por medio del fuego griego; y Alejo, que había establecido su cuartel general en Devol (antes Deabolis), evitó esta vez toda batalla campal limitándose á bloquear por tierra al ejército normando y estrechar paso á paso el férreo círculo en que le tenía encerrado, mientras la escuadra le tenía incomunicado con Italia. El resultado fué una escasez espantosa en el ejército del normando, que ayudada por la diplomacia bizantina produjo el efecto deseado. En setiembre de 1108 Bohemundo tuvo que firmar en Devol una paz que acabó para siempre con sus esperanzas y ambiciones. Vióse obligado á renunciar á toda pretensión sobre la Cilicia y la ciudad de Laodicea, y á prestar al emperador y á su sucesor presunto Juan juramento de vasallaje por el

principado de Antioquía, que á su muerte debía volver á incorporarse al imperio bizantino. En cambio de algunos otros distritos á los cuales renunció en Asia se le designó una renta de 14,400 monedas de oro de buena ley. El soberbio Bohemundo regresó á Italia muy humillado; sus soldados fueron mantenidos por el emperador Alejo hasta la primavera del año siguiente, y después una parte de ellos marchó á Palestina y la otra entró en el ejército bizantino.

En febrero de 1111 murió Bohemundo y el imperio nada tuvo ya que temer de los normandos de Italia. Por otra parte habíase perdido para siempre la esperanza de formar á orillas del Orontes en Siria un baluarte perenne del poder franco-normando. Todavía el imperio bizantino no pudo recobrar á Antioquía; pero la diplomacia astuta de Alejo consiguió atraer á su causa á la temible república de Pisa, hasta entonces aliada fiel de los normandos, á los cuales había ayudado á reconquistar en 1108 la plaza de Laodicea, tomada cuatro años antes por los bizantinos, y sus corsarios saquearon todavía en 1111 varias islas del Mar Egeo, como las saquearon un año después los genoveses. Esta nueva alianza tuvo la ventaja de limitar el predominio molesto de los comerciantes venecianos en el imperio, al mismo tiempo que facilitó la acción de la política bizantina respecto de las demás potencias marítimas italianas. El tratado que fué firmado en octubre de 1111 por el embajador bizantino, el mayordomo de palacio Basilio Mesimerios, concedía á los pisanos el derecho de introducir y vender sus mercancías en todo el imperio sin obstáculo ninguno y con el único gravamen de pagar al erario el 4 por ciento del valor de las mercancías introducidas, exceptuando el oro y la plata que quedaban exentos de todo derecho. Respecto del comercio de compra y venta dentro del imperio quedaban sujetos los pisanos á los mismos impuestos que los comerciantes del país. En Constantinopla se les designó un desembarcadero especial y un sitio para sus almacenes y viviendas, donde más adelante se les permitió elegir sus propios jueces ó cónsules. Además obtuvieron el permiso de establecer factorías en otras plazas del imperio, y en la capital un puesto especial en la basílica de Santa Sofía y en el hipódromo.

Respecto del imperio alemán, siguió Alejo las antiguas tradiciones bizantinas, manteniendo como principio de su política que los emperadores de Constantinopla eran los únicos herederos legítimos del imperio de Occidente y de sus derechos y privilegios. Lo mismo sostuvieron sus dos grandes sucesores. Esta tendencia manifestó Alejo en las negociaciones sobre el derecho de investidura que entabló en 1112 con el papa Pascual II, cuando el concilio de Viena (Francia) excomulgó al emperador alemán Enrique V, y en las referentes á la unión de las Iglesias romana y griega, y á la coronación de su hijo Juan como emperador de Occidente en lugar de Enrique V.

La suspensión de las hostilidades contra el reino seldyúcida de Rum, á consecuencia de la guerra con Bohemundo, produjo sus consecuencias. Desde 1098 no había vuelto á ser peligroso para el imperio el sultán Kilish-Arslan; pero cuando le sucedió su hijo mayor Malek-sháh en 1107, por haber muerto el padre en una expedición contra los emires turcomanos, cambió muy pronto la situación. Malek-sháh recibió refuerzos del interior del Asia, invadió con numerosa hueste las provincias limítrofes del imperio y penetró asolándolo todo á su paso hasta la Misia y la Bitinia. Las comarcas que más padecieron fueron las ribereñas del Mar de Mármara y las marítimas de Paflogonia. Las tropas bizantinas, aunque valientes, no eran bastante numerosas para hacer frente á los feroces enemigos en campo raso y hubieron de limitarse á defender las plazas fuertes. Esta plaga duró hasta